

Tres noches de tormenta

Autora

Leyre Martín Varela

Accésit

Categoría B • 19-30 AÑOS

2018

Autora

Leyre Martín Varela

Cantabria, 1992

Graduada en Administración y Dirección de Empresas en el año 2014 por la Universidad de Cantabria.

En 2017 consiguió su primera publicación en la modalidad de relato, a través del accésit de la 36ª Edición de los Premios José Hierro del Ayuntamiento de Santander.

*Desde entonces ha participado en el libro colectivo de relatos *Una ventana al mar*, ha ganado el accésit de relato en la 37ª edición de los premios José Hierro del Ayuntamiento de Santander y en el año 2019 el primer premio de relato en la 38ª edición de los premios José Hierro del Ayuntamiento de Santander.*

Hoy en día lo que tiene claro es que nunca va a dejar de escribir.

TRES NOCHES DE TORMENTA

Leyre Martín Varela

Fue en una noche de verano, del año 1512, cuando se desató el pánico en la ciudad de Toledo. Una imponente tormenta se levantaba sobre el cielo, y la gente corría buscando cobijo en sus casas. Nunca habían visto nada igual; agresividad, fuerza, parecía dispuesta a llevarse todo a su paso. Duró toda la larga noche, provocando el desvelo e insomnio en los habitantes, que esperaban y rezaban para que aquel ruido dejara de atormentar a su ciudad.

A la mañana siguiente apartaron las cortinas cuidadosamente, como si esperaran encontrar todo destruido más allá de su ventana, pero no fue así. La tormenta había cesado y parecía que todo había vuelto a la normalidad. Salieron de sus casas dispuestos a olvidarlo todo pero, al contrario, aquel día lo recordarían toda la vida.

Varias personas no habían podido llegar a sus casas, no habían podido encontrar refugio y se hallaban tendidas en el suelo, inmóviles. Había gente que chillaba, otra se acercaba para verles de cerca, pero lo más perturbador era el estado en el que se encontraban. Parecían como si les hubieran consumido, y el aspecto negruzco recordaba a la carne calcinada.

-La desgracia ha caído sobre Toledo, oíd mis palabras, y recordadlas –los gritos habían comenzado de la parte de atrás de la multitud, todos se volvían para mirar de dónde provenía.

Una señora era la que iba dando voces, andaba con su bastón y se acercaba a las personas que, asombradas, no podían dejar de mirar a sus ojos. Estaba completamente ciega.

Las semanas siguientes no se hacía más que hablar del tema. Ninguno de los médicos del pueblo supo determinar la causa exacta de la muerte de aquellos hombres que habían aparecido tras la tormenta. Todos pedían explicaciones a las autoridades, pero no podían atender a todo el mundo, quienes no cedían respecto a exigir información, debido a la preocupación que se cernía sobre ellos.

-Hablen con la anciana –decían la mayoría. Aquella anciana que llevaba tanto tiempo pasando desapercibida, de repente había tomado protagonismo, y todo Toledo trataba de averiguar su paradero.

El destino que buscaban resultó ser una zona cerca del Pozo Amargo, y allí es donde fueron a buscarla cuando varios vecinos dieron testimonio de haberla visto, pero ninguno de los días abrió la puerta. La desesperación estaba llegando al punto álgido y ya nadie sabía qué hacer. Temían que otro ataque fuera inminente.

Una noche, una niña de la zona, que no tenía más de once años, se acercó a jugar al pozo, aprovechando que sus padres se habían despistado. Allí llevó su barquita, con la que soñaba y simulaba que navegaba por mares profundos.

-No deberías estar aquí –dijo una voz a su espalda. La niña se giró y vio a la señora ciega, a unos escasos dos metros de distancia. Sintió la tentación de salir corriendo, pero recordó que sus padres habían hablado muchas veces en casa de la necesidad de hablar con aquella misteriosa mujer.

-Voy a volver ahora a casa.

-Deberías, éste no es un lugar seguro.

-¿Por qué no?

-¿Has oído hablar de las brujas, niña? –preguntó la señora acercándose un poco más. La niña negó con la cabeza.

-¿Te han hablado tus papás de la inquisición? –Esta vez asintió.

-Dile a tus papas que te hablen de las señoras malas a las que la inquisición está persiguiendo y quemando en una hoguera. Son pocos casos, ¿sabes? Todavía no han tenido que aplicar medidas en muchos lugares, pero ahora están aquí. Están en Toledo. ¿No puedes sentir las?

La niña giró enérgicamente la cabeza, mostrando la negativa hacia la pregunta y se agarró los brazos para tratar de paliar los escalofríos que le producían las palabras de la mujer. Ésta comenzó a reírse.

-Yo puedo sentir las –dijo parando de golpe la carcajada. –Creo que Leonor va a llegar pronto.

La niña observaba fijamente sus ojos, y no era capaz de distanciarse, a pesar del miedo que estaba sintiendo. Algo la atraía, y la mantenía cautiva en la información que estaba recibiendo. La interesaba, de hecho, quería sentir lo que sentía ella.

Un tirón en el brazo la sacó de su aturdimiento. Un niño apenas dos años mayor que ella la agarraba fuerte, se podía sentir la protección que el hermano mayor ejercía sobre la niña. Sin decir ni una palabra, se la llevó de allí mirando receloso a la señora que había retenido a la pequeña. Ésta no pudo dejar de mirarla hasta que cruzó la esquina y la perdió de vista.

Le contó la historia a sus padres nada más llegar a casa, con pelos y señales, y se sorprendieron de que fuera capaz de relatar todo con tanta precisión.

-No quiero que vuelvas a acercarte a esa señora, ¿me has oído, Catalina? –ella asintió, con la mirada perdida, como si no estuviera escuchando en absoluto lo que le decían.

-¿Y quién es esa Leonor de la que te hablaba?

-No lo sé –respondió la niña, pero seguía en el mismo estado catatónico.

-Hay que llevarla al médico, no está bien, está extasiada.

La preocupación acechaba a los padres de la niña, quienes acudieron rápidamente al médico de la familia y le contaron toda la historia, aún a riesgo de que lo pudiera pregonar por Toledo.

-Lo siento mucho, pero el único diagnóstico que se me ocurre es que esté embrujada, ha podido ser esa vieja.

A la mañana siguiente, se ordenó entrar a la fuerza en la casa de la señora, después de comunicar a las autoridades lo que había ocurrido con Catalina, era muy necesario obtener respuestas. Fue toda una decepción que, para cuando llegaron, ella ya estuviera tendida en el suelo de su casa, con el mismo aspecto que los hombres que se habían encontrado en la calle.

-Hemos perdido la única pista que teníamos, ahora solo nos queda esperar a que llegue nuestro cruel destino.

Les iba a resultar muy difícil dar una explicación al pueblo y poder resolver el embrollo en el que se habían visto hundidos sin remedio.

Después de los muchos intentos por encontrar información sobre aquella misteriosa señora, llegaron a la conclusión de que nadie la conocía, ni habían reparado en ella, ni siquiera sabían su nombre. Se habían sentido ultrajados y vacilados, de repente, sospechaban y estaban recelosos de todo el mundo que había a su alrededor.

Catalina se fue recuperando poco a poco, ya volvía a estar en su estado habitual, jugando y divirtiéndose en las plazas de la ciudad, pero a sus padres les preocupaba la predilección que la llevaba a volver a jugar en aquel pozo. Se escapaba frecuentemente, y siempre la acababan encontrando allí.

-Me he estado informando –dijo su hermano una noche –y resulta que ha habido casos de brujería y han acabado quemadas como dijo Catalina. Es real, estamos en peligro, van a venir las brujas a atacarnos, a quitarnos nuestra tierra.

-Basta ya –le reprendió su madre –bastante tenemos con lo afectada que está tu hermana, como para que vengas tu a hablarnos del tema. Las brujas no existen, y si existen, no van a venir a Toledo, y se acabó el tema.

El niño no se quedó conformé, pero hizo caso a su madre y se calló. Fue en aquel momento cuando comenzaron a oír la tormenta.

-Está aquí –dijo la niña, y todos la miraron. Cerraron todas las puertas y ventanas, y se asomaron para ver qué ocurría fuera.

Volvía a ser igual de terrorífica que la anterior vez, las luces de la calle se habían apagado y apenas se alumbraba con los rayos que caían, parecía que toda la ciudad explotaría en mil pedazos.

-Mirad, mirad –dijo el niño y todos se fijaron en una persona con túnica larga que tranquilamente caminaba por la calle.

-Dios mío –dijo la madre llevándose la mano a la boca –va a morir, la va a alcanzar la tormenta, como a los otros.

La figura no parecía preocupada por lo que estaba ocurriendo alrededor, y se paró en seco en medio de la calle, quedándose así unos segundos, para luego dirigir la mirada hacia la casa. La madre y el niño emitieron un grito y cerraron la cortina de golpe, pero Catalina estaba sonriendo, como si conociera a la chica que se escondía debajo de aquel manto.

-¡¡Quítate de ahí!! –dijo su madre, y la apartó de la ventana rápidamente, dedicándole una mirada que Catalina no olvidaría nunca.

La noche continuó, y no tuvieron más remedio que dejarla pasar, pero lo que estaba claro es que no volverían a asomarse a través de la cortina.

Nadie se atrevía a salir a la calle aquella mañana, no querían encontrar la masacre que habían presenciado la anterior vez. Ahora corría el rumor por toda la ciudad, y se había confirmado en habladurías que había una bruja entre los habitantes de Toledo. Mucha gente había visto como esa mujer caminaba a sus anchas por las calles empedradas, bajo aquella monstruosa tormenta.

-No se la puede reconocer, estamos perdidos, nos irá matando uno a uno –decían. El caos estaba invadiendo la ciudad, y muchos ya habían enloquecido, ya no se sabía si fruto de la hechicería o la sugestión. Fueron sonados los primeros casos de suicidio.

Para sorpresa de todos, y después de aquello, hubo unos meses sin noticias, en los que se pensaba que, definitivamente, había sido una leyenda. La gente volvía a comportarse de manera común, se estaban olvidando de lo que había ocurrido unos meses atrás.

Catalina seguía yendo al Pozo Amargo, se sentaba allí y jugaba sola cuando nadie la veía, y cuando sus padres no se daban cuenta.

Su pelo, cada vez más rojizo, se dejaba ver bajo los rayos de luz, y siempre se hacía trenzas para sujetarlo.

-Hola, Catalina –la niña se dio la vuelta y vio a una chica bastante joven observándola desde lejos. Frunció el ceño para tratar de ver mejor a través de la luz.

-Hola –respondió. La chica apenas le doblaba la edad.

-¿Qué haces aquí solita?

-Me gusta jugar aquí.

-Yo también jugaba aquí de pequeña –Catalina sabía que aquella chica era la que había paseado por las calles aquel día de tormenta, hacía meses. La reconocía, como se hubiera reconocido a alguien de la familia. El color de su pelo era exactamente como el suyo.

-Mi nombre es Leonor.

-Lo sé –Leonor rió. Se acercó más, quedando a escasos metros de la niña.

-¿Tú has hecho daño a la gente de esta ciudad? –Leonor rió más, porque le gustaba la inocencia de los niños. Se sentó a su lado.

-Te voy a contar un secreto, pero no puedes decírselo a nadie – Catalina asintió. –Todas esas personas eran muy malas, te hubieran hecho daño.

Catalina se quedó unos segundos pensando, pero después desvió la mirada.

-Lo entenderás cuando seas mayor y sus descendientes te persigan –continuó Leonor. Acarició el pelo de la niña y, después de unos minutos, se marchó de allí sin decir ni una palabra.

Catalina se quedó un rato más jugando y, cuando decidió marcharse a casa, no le contó a sus padres nada de lo que había vivido aquella tarde.

Llegó el tercer día de tormenta. Toledo volvió a sentir el terror, y lloraron en silencio, pensando que aquello nunca se acabaría, que pasaría el tiempo y siempre regresaría. Algunas casas mostraban métodos de blindaje más potentes que otras, bajo los cuales nadie podría pasar. En casa de Catalina la madre maldecía, y afirmaba



que algún día quemarían a aquella bruja. Su hermano se había obsesionado en los últimos meses, y se dedicaba a encerrarse en su cuarto a crear armas con la madera que podía coger de los árboles talados. Habían enloquecido, y Catalina podía verlo en sus ojos. Ya no eran los mismos.

Se quedaron mirando por la ventana, esta vez no parecía que nadie fuera a pasear por las calles de la ciudad. Fue entonces cuando oyeron el portazo. La madre se dio la vuelta, y el hermano cogió uno de sus artilugios.

-¿Catalina? –Nadie respondió –¡¡¿Catalina?!!

El grito se había oído en toda la casa, pero nadie respondía, y nunca volvería a hacerlo.

La familia de Catalina inició una búsqueda, que llegaría a límites que nunca hubieran imaginado. Ellos afirmaban que una bruja se había llevado a su niña. Las habladurías corrieron por todas partes, y ya se sabía en gran parte de la península que se había dado el primer caso de brujería en la ciudad de Toledo, en aquel año 1513. La niña no volvió a aparecer, y la madre enloqueció, mientras el hermano siguió alimentando su obsesión. Nunca sabrían si se había marchado ella voluntariamente, o por el contrario, alguien la habría embrujado para que abandonara la casa.

Ya no volvieron las tormentas, parecía que aquel monstruo había cumplido su objetivo.

El tribunal toledano de la inquisición luchó incansable por descubrir a la persona que había cometido aquellos crímenes, tratando de no dar fuego a la leyenda de las brujas de Toledo.

17 años después

No sería hasta 1530 cuando dos mujeres forasteras aparecerían en la ciudad. Eran bastante parecidas, con el cabello rojo, una más joven que la otra, pero bellas, que enseguida se ganaron la confianza de los habitantes. Leonor y Catalina se asentaron en la ciudad y aseguraban poder ayudar a la gente en sus problemas cotidianos. Muchos eran los rumores que corrían de que aquella era la niña que había desaparecido años atrás, y que Leonor sería la bruja que habían

estado buscando, la creadora de tormentas, pero nadie se atrevió a alzar el dedo para hacer una acusación.

Los padres de Catalina ya no estaban en condiciones de reconocer a la hija que perdieron hace años, su estado mental había empeorado en los últimos tiempos, y el único que cuidaba de ellos y se mantenía sereno era el hijo mayor, quien se había preocupado mucho de mejorar sus técnicas y había realizado viajes intentando saciar su propósito de dedicarse a la caza de brujas. Muchas personas fueron a llamar a su puerta para comunicarle que su hermana había vuelto a la ciudad de la mano de la mujer que creó el caos en las calles de Toledo hace muchos años, pero él nunca tuvo intención de comprobarlo, ni movió un ápice de su gesto al escucharles.

-Si de verdad esa chica es mi hermana, de lo único que tengo que preocuparme es de cómo darlas caza. –respondía él.

Después de tanto tiempo se había informado, había tratado el tema, y había conseguido entender que su hermana estaba destinada a marcharse con aquellos monstruos, perdiendo para siempre su alma y su identidad de nacimiento. Ahora se había transformado en otra persona, y nunca jamás se lo perdonaría, había roto una familia y había destruido a sus padres.

Pasaban los días y los rumores y comentarios se iban acumulando como una gran bola de rastrojo en el desierto.

Casualmente, justo un mes después de llegar al pueblo, aquellos dos jóvenes se encontraron de frente donde solían jugar, cerca de Pozo Amargo. Ambos se quedaron parados a una distancia prudencial y se miraron fijamente. La sangre se reconoce a distancia, tanto la derramada como la familiar.

-Hola, Catalina. –dijo el chico poniendo énfasis, y todo el desprecio que fue capaz de acumular, en aquella palabra. Levantó su ballesta, su mejor creación e inseparable desde hacía meses y apuntó a su hermana pequeña.

Nadie podría haber distinguido cuál de los dos puso en su rostro la más atrevida de las sonrisas.